

HC.R.
370.5
B688b
C.R.

EDUCACIÓN PÚBLICA

15 de Setiembre de 1912

SE EDITA QUINCENALMENTE EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

DIRECTORES:

R. Brenes Mesén + J. García Monje

La Geografía del Distrito

Este curso está redactado para principiantes, pero los maestros que lo lean con inteligencia hallarán en él mucho que aprender: los temas de una amena conversación investigadora, el orden en que están dispuestos y sugerencias numerosas para hacer de la Geografía un estudio muy interesante y muy útil.

El intento del Autor ha sido escribir una Geografía del Distrito que puedan leer todos los chicos del país. Toma al niño en el hogar y sigue tratando con él asuntos que requieren un punto de vista más amplio y más impersonal. Se propone mostrar la relación que existe entre el niño y todas las partes de su propio país y con ello enfatiza la interdependencia comercial e industrial en que se hallan los hombres. Cualquier asunto que se trate en la Geografía del Distrito debe ser general, a fin de hacerlo verdadero a todos los niños de todas las localidades. En las sugerencias que ocurren al final de cada lección, se hace, sin embargo, un esfuerzo para que el niño localice la Geografía de su Distrito. Se le interroga para que estudie su propio ambiente y explique su geografía según los hechos universales que en el texto se le presentan.

1.—Qué es un hogar?

Lo que significa un hogar.—El niño pasa una parte del día en la escuela, emplea otra en sus juegos y tareas, y el resto se queda *en casita*, como si dijéramos. En ella come, duerme, quizá juega con sus hermanos y her-

manas, y recibe los vestidos que le protegen del frío y de la humedad. En ella también lo curan cuando enferma.

Así pues, el hogar para la mayoría de los niños significa alimento,

vestido, refugio, cariño, ratos de alegría; es el sitio que más les agrada.

Hogares de pájaros y animales.—Sin embargo, no son los humanos los únicos que tienen hogares, pues los pajaritos y los animales estr es también los tienen, pero no siempre residen en ellos todo el año. El niño campesino conoce los hogares de ciertos pájaros. Probablemente ha observado cómo los construyen y visto cómo viven y cómo los pájaros viejos alimentan a los pichoncitos y les enseñan a volar. Algunos de ellos, como el yigüirro, el soterré y las golondrinas, año tras año construyen sus nidos en el mismo árbol, en la misma pared, bajo el mismo alero. Hasta tanto los pajaritos jóvenes no sean capaces de volar y no sepan distinguir los peligros, *el nido es su hogar.*¹ En él los pájaros-padres los alimentan y cuidan como en los hogares alimentan y cuidan a los niños.

Las madrigueras de varillas y barro que construyen los castores y otros animales que moran en escondrijos subterráneos, son para ellos hogares por la misma causa que nuestras casas lo son para nosotros.²

A cualquier país que vayamos, hallaremos a las gentes viviendo en casas. De modo que si podemos descubrir por qué vivimos en casas y qué hacemos en ellas, seremos más capaces de comprender a otros pueblos que hacen muchas cosas que ahora nos parecen extrañas, pero

que se ocupan en ganar la vida de varias maneras.

Clases de hogares.—Una vieja y abandonada alquería, tal como se ven a menudo en el campo,¹ no es un hogar. Tampoco lo es una casa vacía de la ciudad o un departamento desocupado en una casa. Pero en hogares se convierten si alguien los anima con su presencia.

Las personas, por lo tanto, son una parte indispensable de todo hogar y una casa es sólo un sitio para que en él viva una familia y funde un hogar.²

Cada cual vive en alguna clase de casa, para abrigarse de la lluvia, de la nieve, del frío y del calor. No todas las casas, sin embargo, son como las de madera o de ladrillo que conocemos, pues algunas gentes no pueden adquirir este material y tienen que usar otro.

Por ejemplo, los Indios de América viven unos en casas de tela o de pieles; otros, de troncos, a veces de tierra y piedras.³ También estas casas son el hogar de los Indios. Cuando la casa es movable, la trasladan consigo de un sitio al otro.

Hogares en países remotos.—Algunos pueblos hacen sus hogares en cuevas subterráneas; y en las partes más frías del globo se hacen a menudo las casas de hielo y nieve. A nosotros nos parecen tales hogares muy sencillos y groseros, pero

¹ Muéstranse a los niños fotografías de casas solas y en abandono; en la excursión, deténganse a observar la que o las que hallen de esta clase.

² Que en la excursión reconozcan los niños los distintivos de las casas ocupadas por ricos y pobres, ciudadanas y aldeanas. Muéstranse a los niños postales, fotografías, láminas de casquinatas ocupadas, viviendas de montañeses y ribereños con sus familias, de campesinos costarricenses y extranjeros; hágase una breve descripción de ellas, el material de que están hechas, etc.

³ Muéstranse a los niños postales, fotografías, láminas de las viviendas de nuestros Indios y del resto de América. Obsérvese como están construidas.

¹ Que sea esta la ocasión de mostrar a los alumnos láminas, fotografías con nidos de pájaros, huevecitos y pichones; examínense nidos viejos. Que observen la cubierta de ramillas y hojas que oculta los huevos y sirve de abrigo a los pichones.

² Muéstranse á los niños láminas, fotografías con la morada de los castores, los perros de las praderas, las abejas, las hormigas, el comején, etc. En la excursión, véanse, si es posible, el hormiguero, la colmena, las cuevas o refugios de otros animales.

las personas que en ellos residen son felices y están mucho más a gusto de lo que nos imaginamos. Son muchas las clases de casas que se usan como hogares en los países lejanos que luego estudiaremos.¹

A medida que vayamos visitando los hogares extranjeros, hallaremos que en algunos los niños se visten con trajes que nos parecerán muy raros e incómodos. Los niños jugarán juegos extraños y hablarán lenguas que no comprenderemos. Sin embargo, viven en hogares y co-

¹ Muéstranse a los niños numerosas postales, láminas, fotografías de casas de nativos hispano-americanos, europeos, africanos, asiáticos, etc.; habitaciones lacustres y ribereñas, de pueblos primitivos, nómadas etc. Obsérvese el material de que están hechas.

men, duermen, juegan y aprenden a cuidarse por sí mismos.

SUGESTIONES PARA EL REPASO

1. Nombre tantas cosas como sea posible de las que Ud. hace en el hogar.
2. Describa algunos de los hogares de animales que Ud. ha visto.
3. Observe como construyen algunos pájaros sus casitas y dígame lo que pueda de lo que hacen.
4. Recoja algunos nidos *viejos*, si puede, y descríbalos.
5. Describa algunos de los hogares humanos que el maestro le presenta en láminas, postales, fotografías.
6. Haga una colección de cuadros de diferentes clases de hogares.
7. Construya en pequeño una tienda de campaña, un rancho, una casita de piedra y barro.

R. E. Dodge

(*Elementary Geography*).

Agricultura para principiantes

3.—La humedad del suelo

(Viene de la pág. 41)

Nunca os han explicado cuán importante es el agua para el suelo y por qué lo es? Amenudo, como sabéis, cosechas enteras se pierden, porque no hay en el suelo el agua suficiente para que las plantas beban. Cuán necesario es, entonces, que el suelo se conserve en la mejor condición posible, a fin de que retenga agua bastante que proporcionar a la planta en los días secos y cálidos! Quizá os aprontéis a preguntarme: «Cómo la planta sin boca bebe su depósito de agua?»

La planta recoge toda el agua que le hace falta por medio de las raíces. Habéis visto las raíces fibrosas de una planta extenderse todas por el suelo mullido; se internan en la tierra en busca del agua

y el sustento que arriba necesitan el tallo y las hojas. Mediante un proceso peculiar, el agua cargada de alimento sube por raíces y tallos.

Las plantas emplean el alimento para formar tejidos nuevos, como quien dice, para crecer. El agua pasa al aire a través de las hojas. Cuando los veranos son secos y ardientes y hay poca agua en el suelo, las hojas se encogen. Este es una manera que ellas tienen de retener el agua para que no se evapore tan ligero. Estoy seguro de que habéis visto encogidos los tallos del maíz durante los días ardorosos. Este encogimiento es un medio natural de disminuir la corriente de agua que invariablemente pasa a través de la planta.

las personas que en ellos residen son felices y están mucho más a gusto de lo que nos imaginamos. Son muchas las clases de casas que se usan como hogares en los países lejanos que luego estudiaremos.¹

A medida que vayamos visitando los hogares extranjeros, hallaremos que en algunos los niños se visten con trajes que nos parecerán muy raros e incómodos. Los niños jugarán juegos extraños y hablarán lenguas que no comprenderemos. Sin embargo, viven en hogares y co-

¹ Muéstranse a los niños numerosas postales, láminas, fotografías de casas de nativos hispano-americanos, europeos, africanos, asiáticos, etc.; habitaciones lacustres y ribereñas, de pueblos primitivos, nómadas etc. Obsérvese el material de que están hechas.

men, duermen, juegan y aprenden a cuidarse por sí mismos.

SUGESTIONES PARA EL REPASO

1. Nombre tantas cosas como sea posible de las que Ud. hace en el hogar.
2. Describa algunos de los hogares de animales que Ud. ha visto.
3. Observe como construyen algunos pájaros sus casitas y dígame lo que pueda de lo que hacen.
4. Recoja algunos nidos *viejos*, si puede, y descríbalos.
5. Describa algunos de los hogares humanos que el maestro le presenta en láminas, postales, fotografías.
6. Haga una colección de cuadros de diferentes clases de hogares.
7. Construya en pequeño una tienda de campaña, un rancho, una casita de piedra y barro.

R. E. Dodge

(*Elementary Geography*).

Agricultura para principiantes

3.—La humedad del suelo

(Viene de la pág. 41)

Nunca os han explicado cuán importante es el agua para el suelo y por qué lo es? Amenudo, como sabéis, cosechas enteras se pierden, porque no hay en el suelo el agua suficiente para que las plantas beban. Cuán necesario es, entonces, que el suelo se conserve en la mejor condición posible, a fin de que retenga agua bastante que proporcionar a la planta en los días secos y cálidos! Quizá os aprontéis a preguntarme: «Cómo la planta sin boca bebe su depósito de agua?»

La planta recoge toda el agua que le hace falta por medio de las raíces. Habéis visto las raicillas fibrosas de una planta extenderse todas por el suelo mullido; se internan en la tierra en busca del agua

y el sustento que arriba necesitan el tallo y las hojas. Mediante un proceso peculiar, el agua cargada de alimento sube por raíces y tallos.

Las plantas emplean el alimento para formar tejidos nuevos, como quien dice, para crecer. El agua pasa al aire a través de las hojas. Cuando los veranos son secos y ardientes y hay poca agua en el suelo, las hojas se encogen. Este es una manera que ellas tienen de retener el agua para que no se evapore tan ligero. Estoy seguro de que habéis visto encogidos los tallos del maíz durante los días ardorosos. Este encogimiento es un medio natural de disminuir la corriente de agua que invariablemente pasa a través de la planta.

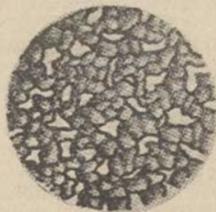
Un agricultor económico tratará de mantener su suelo en tan buenas condiciones, que el agua no le falte a las cosechas en crecimiento, cuando venga el tiempo seco y cálido. Esto lo puede obtener arando profundamente, hasta el subsuelo, añadiendo al suelo diversas clases de materias vegetales en descomposición y sembrando plantas que puedan segarse con frecuencia.

El suelo es un gran almacén de humedad. Después que las nubes han vaciado sus lluvias en este depósito, el agua sube a la superficie, en donde se evapora. Sube lo mis-

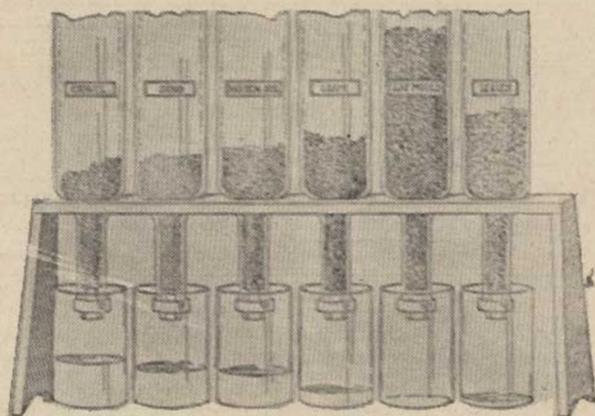
de vidrio, ella sube dentro del conducto sobre el nivel del agua de la vasija. Cuanto más estrecho sea el conducto más alto subirá el agua.

La mayor ascensión interna se deba quizá al hecho de que el vidrio atrae las partículas del agua más que las de ésta se atraen una a la otra. Aplicad ahora este principio al suelo.

Las partículas de suelo entre sí tienen pequeños espacios que hacen lo que el tubo. Cuando los vientos secos y calientes evaporan el agua de la superficie, la que se halla más honda sube a través de estos espacios que hay en el



Una copia agrandada de un pedacito de suelo húmedo en que se ven los espacios aéreos y las partículas terrestres.



APARATO QUE DEMUESTRA COMO RETIENEN EL AGUA LOS DIVERSOS SUELOS ¹

mo que el petróleo por la mecha de una lámpara. Este ascenso del agua es lo que se llama *capilaridad*.

Es preciso comprender lo que esta gran palabra significa. Si en un depósito de agua introducís un tubo

suelo. De este modo el agua es atraída del depósito para las necesidades de la planta.

Es indudable que esta agua se evapora cuando llega a la superficie. Si queremos retenerla para

¹ Gravel, cascajo; sand, arena; barren soil, suelo estéril; loam, tierra gredosa; leaf mould, tierra con hojas; leaves, hojas.

nuestras cosechas, debemos estar listos a atraparla. La Naturaleza nos ha mostrado cómo hacerlo. Alzad una tabla y veréis como el suelo que cubre está húmedo, en tanto que el descubierto está seco. Por qué? La capilaridad conduce el agua a la superficie. La tabla, no obstante, no deja pasar ni el viento ni el calor y retiene la humedad. Ahora bien, es indudable que un agricultor no puede cubrir de tablas sus campos, pero puede atrapar el agua mediante una capa de tierra seca, que vendrá a ser lo mismo.

Cuando se cultiva una sementera de maíz o algodón o papas, la tierra fría y floja removida por el arado formará una capa polvosa que sirve para retener el agua del suelo como lo hace la tabla con la humedad. La capa de polvo ayuda a absorber las lluvias e impide que el agua corra por la superficie. El frecuente cultivo es, entonces, uno de los mejores

medios posibles que hay para conservar la humedad. Por lo tanto, el agricultor que más amenudo remueva el suelo en la época de crecimiento de las plantas, en la estación seca sobre todo, obtendrá—si en lo demás las circunstancias le son favorables—una cosecha más abundante que si la labranza fué descuidada.

EJERCICIO

1. Por qué está el suelo húmedo debajo de una tabla o de un montón de paja?
2. Un suelo compacto y fino producirá mejores cosechas que uno suelto y terronado? Por qué?
3. Desde luego que el agua que una planta necesita la obtiene mediante las raíces, puede prestar algún servicio el rocío matutino?
4. Por qué hay malezas en un sembrado?
5. Por qué el agricultor cultiva maíz y algodón?

Burkett, Stevens y Hill

(Agriculture for Beginners).

Por qué gustan los cuentos a los niños?¹

Escasa fantasía de los niños

Nosotros, los mayores, nos preguntamos muchas veces cómo pueden los niños tomar tan placentero interés por las fábulas y por ciertos cuentos fantásticos llenos de cosas inverosímiles, que nuestro más vulgar buen sentido se resiste a aceptar, y que son más agradables a los niños cuanto más imposibles y ab-

surdas: los árboles que bailan, las piedras que cantan, una nuez que encierra un magnífico traje color claro de luna, las botas que hacen dar pasos de siete leguas, el anillo que hace invisible al que lo lleva, la princesa que saca agua del pozo con las trenzas: todas estas cosas extraordinarias forman su bagaje intelectual predilecto, las concepciones e ideas sobre las que se detienen con más vivo placer y con insaciable avidez.

Muchos creen que esto dependa del hecho de que los niños tengan una gran fantasía y se complazcan

¹ Que este artículo de la Sra. Lombroso, una autorizada observadora de la psicología de los niños, sirva, por el momento, de contestación al maestro que en una carta nos manifiesta sus dudas respecto de la importancia pedagógica que en realidad atesoran los cuentos de hadas. Prometemos publicar más adelante otras opiniones al respecto de pensadores y maestros distinguidos, que robustecen las de la Sra. Lombroso.

naturalmente en la narración de aventuras extraordinarias e inverosímiles.

Pero las cosas no deben pasar así; yo, que he tenido durante mucho tiempo una gran cantidad de niños ante mi vista, estoy persuadida de

que los niños tienen escasa fantasía, y que las particularidades maravillosas y fantásticas de los cuentos de hadas y magos, son interpretadas por ellos de un modo que ni sospechamos ni podemos imaginar fácilmente.

Lo maravilloso en la vida real y la realidad en los cuentos

Las interpretaciones analógicas de los niños

Este mundo sobrenatural no tiene para ellos nada de mágico e increíble; es para ellos completamente simple y natural.

Porque si nos ponemos en el punto de vista de los niños y nos despojamos del caudal de ideas que hemos adquirido de adultos, debemos reconocer que el niño se encuentra desde sus primeros meses en medio de cosas y sensaciones más maravillosas y fantásticas que las que adornan las historias de las hadas.

He visto, por ejemplo, a mi hijo, desde los 10 a los 14 meses, preocupado de un hecho que debía de tener para él algo de portentoso: las campanas.

Vivíamos entonces en una casa cercana a una iglesia, y de pronto, mientras estábamos en una habitación y sin que se viera moverse nada, el aire se llena de sonidos. Recuerdo la maravilla y la inquietud del nene que se endereza, mira a su alrededor y comienza a gritar: «*A da, a da*».

Generalmente no se ve tocar las campanas, pero nosotros, los adultos, cuando oímos el sonido, lo asociamos a la idea de un cono de bronce golpeado por un badajo y no nos maravillamos.

Pero el niño, que no sabe lo que es una campana, cuando siente el

aire llenarse de sonidos armoniosos y no ve ninguna modificación ni ninguna causa aparente del fenómeno, puede creer muy bien que sea el árbol que canta.

Los árboles que cantan, las piedras que bailan no despiertan en el niño sensaciones que difieran en mucho de lo que es para él a un tiempo maravilloso y natural. Por otra parte, por qué maravillarse de un árbol que canta, cuando puede oír sonar un piano o un órgano, que son muy parecidos a los muebles comunes y de los cuales ignora el mecanismo interior?

Así, muchas de las colosales aventuras del Barón de la Castaña dan a los niños explicaciones muy satisfactorias de ciertos fenómenos; no entenderían si se intentara explicarles que las notas se forman por la vibración de las cuerdas sonoras; pero encuentran muy lógica la hipótesis de la música que sale del trombón en forma visible de notas musicales, o de los humos del vino, que salen como un penacho de vapor de la coronilla del cráneo de un beodo; y deben sentir ante estas imágenes y ante estos cuentos fantásticos, no tanto como nosotros imaginamos, el placer de una cosa fantástica, sino la satisfacción que nosotros sentimos por la explicación

clara y evidente de un fenómeno.

Otro hecho muy curioso en mi nene, desde antes de los diez meses hasta cerca de los dieciocho, fué su gran pasión por los botines. Es este, por lo demás, un gusto de todos los nenes de esa edad más o menos. Ningún juguete alegra tanto y por tanto tiempo a mi hijito como sus zapatitos, que se pone y se saca, toma en la mano, mira, se arrima a la mejilla o coloca debajo del pie... y le gustan no sólo sus botines sino los míos y todos los que encuentra a mano.

La razón de esta alegría y de esta admiración debe estar en que cree que sus botines son una parte de su propia persona—como el caracol debe sentir que la concha es una parte de su sér—; lo cierto es que el nene se toca con el mismo placer el pie que el botín.

Se podría decir, es cierto, que hay otros objetos que él también debe creer parte de sí mismo, el sombrero por ejemplo; pero no lo lleva continuamente, y no lo ve: y el sombrero no tiene una forma tan humana como los botines que conservan justamente la forma de un piesecito.

Asimismo, algo semejante a los botines le representan los lentes, una especie de ojos suplementarios; mi nene cuando tenía pocos meses, se admiraba extraordinariamente cuando una persona se colocaba los lentes y trataba de arrancárselos y de examinarlos. He visto que muchos otros niños tienen la misma curiosidad.

Un niño, citado por Sully, viendo que las medias le habían pintado de negro los piesecitos, creyó que le habían cambiado los pies. «Estos no son mis pies de hoy por la mañana».

Una primita mía cree que se puede sacar la nariz y tiene miedo de sacársela ella misma.

He notado también que mi nene, a los 14 meses, creía que las cabras balaban por la cola, porque le habían regalado una cabrita de juguete que balaba cuando se le tiraba del rabo. Y cómo va a encontrar increíble el hecho que nosotros le afirmemos de «haber oído contar una historia a nuestro dedo meñique?»¹

Hay muchas cosas que deben parecer extraordinarias a los niños, mientras son lógicas y sencillas para nosotros que tenemos mayor bagaje de conocimientos y de experiencia.

He conocido un niño de dos años que tenía muchísimo miedo de los árboles de un camino, los miraba siempre de arriba a abajo, temeroso, y no quería acercárseles porque temía que se le cayeran encima, de un momento a otro. La idea desde su punto de vista era lógica; él veía, por ejemplo, en su juego de bolas, que una pequeña bolita bastaba para hacer caer una columnita de madera; él ve también que un bastón no se queda de pie por sí solo, él no sabe nada de las raíces... Cómo se arregla un árbol—debe pensar—para estar firme y de pie, y por qué razón no se ha de caer? Y si se queda derecho, no será en virtud de algunas de las fuerzas mágicas de que hablan los cuentos?

Otra niña de tres años no quería mirar las estrellas porque «quemán»; las asimilaba a las chispas del fuego; otra niña creía que las estrellas habían sido clavadas en el cielo como los clavos en la pared. Así, es muy probable que cuando los niños oyen contar la historia de «Piel de asno»

¹ Una historia contada por el *dito mignolo* es una frase usada en los cuentos infantiles de Italia

encuentren muy natural que a «Piel de asno» le brote una estrella en la frente y a sus hermanas perversas una cola de asno.

A medida que el niño crece, cosas nuevas y maravillosas van apareciendo ante su vista.

En el baño ve que la esponja flota, mientras que la piedra que él tira al arroyo se va al fondo inmediatamente.

Un buen día de invierno va a la ventana después de levantarse y ve el paisaje trasformado. Como al contacto de una varita mágica, toda la tierra está blanca, los árboles y las ramas, las cornisas y las cosas perfiladas de blanco, y una inmensa multitud de maripositas gira en el aire y se posa en todas partes.

Un niño que yo conozco gritaba a su madre, maravillado: «Mamá, ven a ver como el Señor envía miguitas de pan para los pajaritos».

Otra creía que los ligeros copos de nieve eran de azúcar.

Así, es probable que un niño de tres o cuatro años no crea sobrenatural una lluvia de confites o de chocolates, o de monedas de oro o de plata después de haber visto cómo, real y naturalmente, y sin embargo de una manera para él inexplicable, cae una nevada.

Recuerdo otra idea infantil absurda que me parecía naturalísima, aunque ya tenía nueve años y no era analfabeta; esta idea me había sido sugerida por un libro que era entonces mi Biblia: el «Róbinson Suizo». Uno de los hijos de Róbinson preguntaba por qué—como se siembra el trigo y las legumbres—no se habían de poder sembrar los merengues para obtener plantas.

La cosa no me parecía nada absurda, sino ingeniosa y simple, y lo único que extrañaba era que ya no

se hubiese puesto en práctica. Por lo demás, no estaba muy lejos de las ideas de los indígenas de Tahití, que habiendo obtenido clavos de Cook, los sembraron esperando que germinaran.

He visto la admiración de una niña de cuatro años, que mientras ayudaba a su madre a llevar un cesto donde había un pedazo de carne cruda, vió a dos o tres perros acudir corriendo, olfatear y saltar al rededor del cesto:

—Buscan la carne—dice la madre.

—Pero cómo, si el cesto está cerrado? Cómo saben que llevamos carne si no la ven?

Hubiera sido imposible para ella comprender cómo sucedía esto, cómo los perros sienten olores que para nosotros pasan desapercibidos.

Así, cuando el ogro entra en su casa, donde su mujer ha escondido a Pulgarcito y sus hermanos, y dice: *Mujo Mujo siento olor a custianujo*, y hace salir a los niños escondidos, no ejecuta para el niño una maravilla mayor que la que han hecho los perros descubriendo desde lejos y por el olor la carne encerrada en un canasto.

Esa misma niña, a la misma edad, viendo poner al sol unos paños mojados que a la media hora estaban secos, preguntaba obstinadamente:

—Dónde está lo mojado, quién lo seca?

Y como las cosas mojadas se vuelven secas, por qué lo dulce no puede volverse amargo y lo verde rojo?

El niño de Sully, viendo el azúcar disolverse en el agua, quería disolver del mismo modo un pedacito de carne.

Otro niño, viendo que los globitos se inflan con el aliento, probó de soplar la mano y preguntaba: Por qué no se hincha la mano soplán-

dola? Otro preguntaba por qué cuando se metía la mano en el agua, no se hacía un agujero.

Además, hay el eco: esta voz que en ciertos puntos repite con tanta exactitud los gritos y a veces las palabras. Se va al sitio donde parece que salía la voz y no se encuentra a nadie.

Qué puede ser eso? una voz del aire o un espíritu o una persona que se oculta. Este hecho que es familiar y no excita la admiración o extrañeza del adulto que acompaña al niño, es una cosa estupenda para él.

Jorge Sand, en la *Historia de mi vida*, cuenta todas las extrañas y fantásticas hipótesis que el descubrimiento de un eco, en un palacio, le había sugerido.

Hay otro grupo de preguntas y cuestiones que los niños hacen, que demuestran cómo para ellos las cosas reales y posibles y las que reconocemos como absurdas, se confunden y equivalen.

Un niño de Egger decía a su abuelo: «Cuando yo sea grande y tú chiquito, te llevaré en el brazo».

Para él y para muchos otros niños se puede ser grande y chico, viejo y joven, voluntariamente o por acaso, pero sin orden o regla preestablecida.

Un primita mía creía que el crecer era indefinido: «Cuando mi papá tener 70 años, decía, no cabrá en casa».

Otra niña no entendía cómo se hacía para crecer, para ser grande: «De dónde viene la estatura?» preguntaba; creía que para ser grande se necesitaba agregarle un poco de piernas y un poco de cuello.

Otro hecho que demuestra que no conciben el fenómeno del crecimiento es que mi hermana, cuando era chiquita, creía que todos los

hombres nacen como son y creía que nacían niños chicos, niños grandes, hombres hechos, señoras y señoritas.

Una primita mía de cinco años creía que como los niños son hijos de los hombres, las piedras chicas fueran hijas de las grandes, y los bastoncitos de los bastones; y que las piedras por las piedrecitas y los bastones por los bastoncitos sentían la misma tierna solicitud que las madres por sus hijos.

Un gran número de niños cree que los recién nacidos se encuentran en los huertos, en las coles o en las flores.

Una amiga me ha contado que hasta los 9 años, cada vez que iba al campo, buscaba con gran fe y perseverancia dentro de cada planta de col un nene que aún no hubiera nacido.

Y en verdad, por qué van a poner en duda los niños una cosa que se les ha afirmado formalmente y con toda seriedad y que no choca con ninguno de los conocimientos e ideas que tienen acerca del mundo que los rodea?

Que un niño salga de una col o de un zapallo, no debe parecerles más inverosímil ni extraordinario que un pollito que sale vivo y haciendo pininos de la cáscara de un huevo.

Por otra parte, el hecho mismo del niño que sale vivo y completo del cuerpo de la madre, es tan maravilloso e inexplicable como las más extrañas e imperiosas combinaciones que puede inventar una hada.

Tengo un recuerdo singular de mis creencias infantiles sobre este asunto; recuerdo haber creído que las muñecas se podían transformar en nenes; había recibido de regalo

una muñeca bellísima, grande, gruesa, pintada como un nene, que cerraba los ojos y tenía una cuna, un colchoncito y una cortina para aminsonar la luz, precisamente como tienen los nenes; y me parecía que un día u otro, cuando fuese a despertarla y a abrir las persianas, la iba a encontrar, al alzar la cortina, viva como los nenitos que tienen mamá y que respiran.

Esta idea no me la había sugerido nadie; me parecía que cuando existía una forma tan humana como la de mi muñeca, la vida podía venir sola.

Desde el punto de vista infantil, la cosa era ciertamente más lógica, más fácil de concebir y explicar que la verdadera explicación, si me la hubieran dado, y no difiere mucho de las que dan las Santas Escrituras sobre la creación del hombre, un ser hecho de barro, al que Dios sopló y al contacto de su aliento vive.

También Sully, cita el ejemplo de una niña que preguntaba insistentemente a su madre: «Soy una niña o una muñeca?»

Antropomorfismo infantil

Otra propiedad característica del niño, que debe contribuir a hacerle interpretar y gozar de un modo que no es el sospechado por nosotros, de las fábulas y los cuentos maravillosos, es un innato «antropomorfismo». Todas nuestras distinciones doctas y sutiles entre reino animal, vegetal y mineral, entre cosas animadas e inanimadas, no existen para el niño: él juzga e interpreta todas las cosas que lo circundan, desde una sola fuente de experiencia: él mismo y las propias sensaciones, inmediatas y directas. Así,

del mismo modo que él está vivo, se mueve, habla, juega, corre, todas las cosas que le rodean deben estar dotadas de una vida semejante a la suya; y recíprocamente basta que una cosa se mueva para que él la crea viva.

Ya he dicho que ciertos niños de una escuela de Londres, interrogados acerca de las cosas vivas que veían en el salón de clase, contestaron: «El agua y el fuego». Que el agua vive, piensan también ciertas poblaciones hindúes (véase como el mundo primitivo se parece al de los niños!), tanto que se agita una discusión acerca de si debe beberse fría o caliente.

Así, la niña de Taine cree que la luna juega a las *escondidas*, y otra niña me preguntaba quién la acuesta; una niña inglesa piensa que las piedras deben aburrirse de no cambiar nunca de sitio; mi niño de dos años cree que el *fi* (el ferrocarril que va a pasar) va a Turín a hablar con el abuelito; que cuando él va a comer, también el ferrocarril va a comer y cuando a él lo acuestan también el ferrocarril va a *hacer nono*.

Yo recuerdo haber creído hasta cerca de los ocho años que no fuesen mis ojos los que veían en el espejo junto con mi cara todo el fondo de la habitación; sino que los ojos de mi cara reflejada eran los que veían la parte de la habitación que estaba a mi espalda.

Una primita mía cuando juega habla con sus juguetes: «Cafetera, dónde estás?» «No ves que estoy aquí?» «Dónde?» «Sobre la silla.» «Quieres que te llene de agua?» Y aun cuando no juega, habla con los objetos que tiene a mano: «Puerta, ábrete; pero, por qué no quieres abrirte!» Amenaza a sus trompos

con voz ronca cuando no quieren bailar. Dice que uno es macho y el otro la hembra — y que su camisita es hija de su camisón de dormir.

Así los niños, cuando por primera vez oyen un fonógrafo, creen, no que se trate de un mecanismo, sino de un hombre que está escondido dentro. E imaginan: no que sea un juego de ruedas y resortes lo que hace mover los caballitos, el polichinela, los automóviles, sino un soplo de vida que los anima momentáneamente. También los niños creen natural que los animales y las cosas pueden hablar y expresar las ideas que ellos mismos expresarían. Una niña que encontró una mosca aplastada entre las hojas de un libro, me decía: «Si hubiéramos llegado en el momento en que aplastaban a la mosca, habríamos podido saber cómo se dice: Ay! Me muero! Socorro!... en el lenguaje de las moscas, porque, seguramente, la mosca antes de morir habrá pedido socorro».

Una niña quiere saber qué hacen los pájaros, los conejos, cuándo están en su casa, dónde habitan, si van a la escuela... Por los demás, cada niño conoce una cantidad de perros y gatos amaestrados que saludan, se paran sobre las patitas traseras, llevan el diario o la canasta, estiran las patas para agarrar el azúcar y saltan por el aro. Los animales de la fábula, empezando por el famoso *Gato con botas* hasta el lobo de *Caperucita encarnada*, del *Ourson* de Mme. Segur al cisne de Andersen, tan razonables y sagaces en sus acciones, no parecen enteramente nuevos a los niños; hablan y obran tan inteligentemente como él los hubiera hecho obrar y hablar.

Cuentos y novelas

Es probable, pues, que una de las razones por qué gustan las fábulas a los niños es la realidad o realizabilidad — perdonad la palabra — con que para ellos aparecen. Contándoles cuentos, creemos trasportarlos a un mundo fantástico, inverosímil, en el cual no ven los niños más que una ficción poética e imaginaria; y en lugar de eso, todo aquel mundo extraordinario de castillos encantados, de golpes de varitas mágicas, de voces misteriosas, de pródigos animales amaestrados, está para el niño más cercano de las cosas reales que de las fantásticas; su experiencia personal es tal, que las fábulas más maravillosas no le parecen más dignas de maravilla que las cosas y los hechos que lo circundan.

Y este debe ser el goce más grande que el niño halla en las fábulas; él cree que las cosas prodigiosas pueden suceder y no rechaza de ningún modo su posibilidad. Al niño le interesan las fábulas como a nosotros nos interesan las novelas, que son ficciones, pero ficciones no imposibles en absoluto, que presentan ciertos puntos de contacto, de semejanza y de coincidencia con nuestras situaciones, con nuestros sentimientos y con nuestras aventuras. Si se contara a un niño o se le hiciera leer una novela de Bourget, de Tolstoi o de Gorki, se aburriría, porque las aventuras, los sentimientos, las ideas, los procedimientos de los personajes y la trama de las novelas de estos grandes autores son completamente extraños a su modo de concebir y absolutamente indiferentes a sus intereses. Que un hombre traicione a una mujer o viceversa, que la

traicione de un modo o de otro, que los dos tengan citas, que el marido los sorprenda, que se concierte un duelo o que el remordimiento los consuma; o mejor, que todo concluya con un matrimonio, todas estas son cosas que el niño no ha visto nunca, en las cuales nunca ha tenido participación, y de las que no puede participar y que le parecen absolutamente estúpidas y absurdas. Las aventuras de *Capercita encarnada* o de *La bella durmiente del bosque* o de *Piel de asno*, son para él infinitamente más verdaderas y están más cerca del niño.

Se deben contar cuentos a los niños?

Ahora que hemos visto qué sentido—muy distinto del que nosotros creemos generalmente—adquieren las fábulas para los niños, quedaría por resolver otra cuestión: si se debe o no seguir relatando cuentos y fábulas a los niños; si se debe dejar que su mente se pueble de estos elementos fantásticos e incoherentes, o si sería mejor buscar el modo de enderezar y corregir esta tendencia natural de su espíritu, más bien que favorecerla y alimentarla, añadiendo, con los cuentos, leña al fuego. Sobre este punto debía ser interrogado el pedagogo, el que podría responder más doctamente y con mayor competencia que el psicólogo.

No tengo vocaciones pedagógicas, y ando algo empíricamente, a tropiezos, a este respecto; pero una de las reglas que quisiera poner en práctica para con mi niño en lo que a tal asunto se refiere, sería ésta: *darle, cuando no le sean perjudiciales, el mayor número de alegrías y goces posibles; y no quisiera de ningún modo quitarle este tan inocente y tan deli-*

cioso y vivo goce de los cuentos, aunque por algunos años mi niño crea más en la autenticidad del Gato con botas ó del Marqués de Carabás que en la de los emperadores romanos o en la de los reyes longobardos y tenga más ricas nociones sobre los árboles que cantan o las piedras que bailan, que sobre las plantas monocotiledóneas y dicotiledóneas...

Me parece que debe suceder a los niños con los cuentos lo que a los adolescentes con la poesía y a los adultos con la ciencia.

De los diez y seis a los veinte años, no hay joven o muchacho que no se embriague deliciosamente con una estrofa lírica y que no sienta brotar en sus espaldas las alas de algún vuelo poético. Por qué? porque verdaderamente entonces, al florecer la juventud, nuestra alma está entonada y vibra con los sentimientos líricos, heroicos, eróticos, que son el contenido natural de la poesía; porque es ese el tiempo en el cual la vida se expande con mayor frescura y con mayor vigor. Cuando los primeros vagos efluvios de amor, cuando las primeras embriagadoras ambiciones de gloria ponen en nosotros sus melancolías y sus dulzuras, nosotros estamos más accesibles, más prontos y vibrantes a las sensaciones y a las expresiones poéticas. Parece que Leopardi y Carduci, Hugo y Fóscolo sean los menos que puedan reflejar y alimentar la llama que arde en nosotros viva y luminosa.

Pero cuando el brillo juvenil es empañado por la pátina opaca de las preocupaciones cotidianas y pequeñas de la lucha por la vida; cuando el adolescente se ha transformado en un hombre serio y grave, especializado en una materia—médico, ingeniero, químico, mecá-

nico—entonces el interés y la atracción tan viva que ejercían los versos, se atenúa o se desvanece; los versos parecen insípidos, descoloridos; y ninguna lectura parece entonces tan interesante como la de un volumen que trate de los estudios predilectos o de los negocios, que nos esclarezca algunas particularidades o nos sondee algún problema.

Son, en suma, los elementos que existen dentro de nosotros los que nos hacen sucesivamente interesante una poesía, una novela o un volumen científico.

Idénticamente pasa con el niño; lleva en sí tales elementos intelectuales, que los cuentos son verdaderamente su pasto natural; son hechos para él, son el alimento más rico y más agradable para su cerebro, como la leche de la nodriza era

el alimento único para su estómago: a medida que el niño crece, que sus nociones se multiplican y se extienden, todas las creencias erróneas contenidas en los cuentos se desmoronan y poco a poco se desvanece casi de la mente.

Pero mientras que los niños pidan este alimento, me parece que los mayores no debemos tener escrúpulos en concedérselo, en dejarlos en aquel mundo de ilusiones tan agradables, mágicas y reales á la vez, y que serán para ellos, cuando mayores, como los juguetes abandonados, como las caricias maternas, el fondo agradable y delicioso de la infancia.

Paula Lombroso

(Dei *Monitor de Educación Común* de Buenos Aires, N° de Enero de 1910).

Para recitar, dictar

El Arbol

Arbol, eres progreso: cuando corta
la quilla audaz el líquido elemento,
eres arboladura que soporta
el lino volador que empuja el viento.
Y atraviesas el férvido océano
y en tu fecundo y generoso exilio,
ves como se reparten con tu auxilio
los ricos dones del ingenio humano.

Eres paz y eres dicha: tu recojes
futuras primaveras:
los granos de las eras
bajo tu amparo duermen en las trojes.

Y tú sabes de amor: cuando eres choza
ó cuando eres alcázar, quién oyera
lo que oyes tú! la nota plañidera
del blondo niño que al nacer solloza;

la oración de la virgen, ese canto
puro cual una lágrima; y el beso
del labio maternal, tres veces santo.

Arbol, eres progreso!...

A la margen del río, en la montaña,
en el camino, enhiesto centinela,
tú sostienes la red por cuya entraña
la frase viaja, el pensamiento vuela.

Y cabalgaste en frágil carabela
y fuiste cruz sobre la virgen playa,
cuna de nuestros padres...

La armonía
nace bajo tu copa; en tí se ensaya,
para volar, el pájaro...

En tí, un día,
árbol hecho ataúd, caja sombría,
sin fuerzas ya, la vida se desmaya!...

Hombre, empuña la esteva del arado;
que el sol queme tu rostro; la faena
es dura, pero un día tu sembrado
regocijo será de tu alma buena.
Arroja la simiente en el abierto
surco, y cosecharás...

Oh, niño! cuida
del árbol, joven como tú: que un huerto,
un arbusto, una hoja desprendida,
un brote, una simiente,
el polvo de un pistilo, son la fuente
de la felicidad y de la vida.

Amalo!... Que esa planta, que hoy encierra
en gérmenes aun dones opimos,
fuerte ya, como el roble de la sierra,
te brindará el esfuerzo de la tierra
y la gloria del sol hechos racimos.

Victor Racamonde

(De *La Joven Literatura Hispano-americana*).

El cálculo ameno

He aquí algunos juegos que pueden usarse en la enseñanza de la Aritmética a niños de siete a nueve años:

Hacer de pollitos.—Los niños se colocan en torno de una mesa, sobre la cual la maestra riega un puñado de granos de maíz. Los pollitos los recojen tan ligero como puedan y luego los cuentan para ver quién tiene más.

Jugar a los cubitos.—Los números se pegan en cubos de una pulgada. Los niños los tiran en pares, buscando las combinaciones numéricas que resulten. Este juego puede hacerse en una mesa ó en los pupitres, poniendo un papel secante para evitar el ruido que hicieran los cubitos al caer. A medida que se tiran, se suman las combinaciones; por ejemplo, $4+3=7$. Lo mismo puede hacerse con la resta o la multiplicación.

El dominó.—El dominó o su simulacro en cartoncitos puede usarse. Los niños recogen cierto número de estos últimos, los aparean y al final suman. Aparéense en dos direcciones, en tres, en cuatro. Invéntense variaciones.

Trompos numerados.—Pueden hacerse de cartoncitos poligonales, en cuyos lados se escribirán los números. Con un palito se atraviesa el centro del polígono, que se hace girar con los dedos. Los niños combinan los números que aparezcan en la cara del polígono que caiga para arriba cada vez que se hagan girar los cartones. Puede escribirse en el centro de los polígonos un número y usarlo para la resta o multiplicación o división.

Boliche.—Cilindros de cartón se paran en el piso o en una mesa. Los niños, colocados a cierta distancia,

voltean los cilindros con bolitas de madera, de vidrio, etc. En la pizarra se van llevando las cuentas y luego se suma.

Saquitos de frijoles.—Se dibujan en el piso círculos concéntricos y a ellos se tiran saquitos de frijoles. Pueden numerarse los círculos como uno quiera y se llevan las cuentas como en juegos anteriores.

Jugarla a pares y nones.—Es bien conocido para describirlo. Un juego parecido sería este: El niño que extiende la mano hecha un puño dice al compañero: «Cuántas bolitas tengo?» Si, por ejemplo, él se imagina tres y en realidad son cinco, dice el que pregunta: «Deme dos para completar cinco».

Jugar al dinero.—Los mismos niños pueden hacer el dinero, cortando papelitos circulares que sirvan de monedas y rectangulares, de billetes. En ellos se escribe el valor que representan. A los niños les encanta jugar a las compras con este dinero y adquieren una gran facilidad en los cambios.

A tiendas.—Pedazos de cartón marcados de antemano sirven de mercaderías, las que se compran y venden usando para ello dinero de papel. Se puede incluir el peso y la medida de la mercadería.

Otro juego.—Todos los niños alargan las manos rápidamente con cierto número de dedos extendidos. Gana quien primero diga exactamente cuantos son los dedos, cuyo número se computa después.

Juegos sugestivos para adiestrar.—
1). Los niños están en fila. Uno cuenta rápidamente la línea, de adelante para atrás y viceversa. Quién vacile mucho o se equivoque, se va

al fin de la hilera. Del mismo modo se cuenta de dos en dos, de tres en tres y así sucesivamente.

2). Se juega como el N^o 1, pero cada múltiplo de un número con venido de antemano, dos, seis, ocho, por ejemplo, debe llamarse «Zum». Se pena el olvido, yendo al final de la línea o sentándose.

3). Fórmense dos filas, frente a frente. Un niño comienza a contar *uno*, el de enfrente *dos*, el vecino inmediato al primero, *tres* el vecino inmediato al segundo *cuatro* y así sucesivamente. La hilera que al terminar alcance el número más alto es la que gana.

4). Los niños están en línea, en frente de uno que se llama maestro. Este tiene una tarjeta en la mano y señala tareas como «contar hasta veinte», «contar para atrás», «contar de dos en dos», «escribir en la pizarra», etc. Quien se equivoca se sienta.

5). Los niños están en fila. El de la cabecera dice « $1 + 1 = 2$ »; el que le sigue, « $2 + 1 = 3$ » y así sucesivamente hasta el fin.

6). El primer niño recita una tabla, el segundo otra y así los demás. Quien se equivoca es castigado. Invéntense juegos similares en líneas.

7). Dice el primer niño: «8: $7 + 1 = 8$, $6 + 2 = 8$, $5 + 3 = 8$, $4 + 4 = 8$ »; el siguiente calcula con otro número y así los demás. Quien se equivoca o repita un número ya dado, se va al final de la línea.

8). Un juego semejante con la multiplicación. Ej.: $16: 2 \times 8 = 16$, $4 \times 4 = 16$.

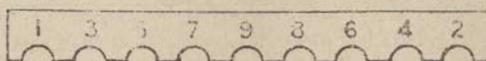
9). Fórmense dos filas. El cabecilla de una fila recita una tabla (la del 2, p. e.), el niño que le sigue,

la otra, (la del 3) y así sucesivamente. El maestro calcula el tiempo que una fila ha empleado en recitar las tablas. Si hay una equivocación, el niño que sigue debe principiar la misma tabla. Con la otra fila el maestro hace lo mismo para ver cual gana.

10). Parecido al N^o 4, pero operando con las cuatro reglas. Invéntense otros juegos adaptando las dificultades al grado.

Carreras de números.—Listos los niños, descúbranse ejemplos de suma, resta, multiplicación y división, hasta entonces ocultos a la vista. Gana quien dé en un tiempo limitado el mayor número de respuestas correctas. Al principio, el tiempo no será muy limitado y los ejemplos no muy difíciles. El juego puede jugarse por columnas. El límite de tiempo gradualmente se acorta. Tal procedimiento, conducido juiciosamente, tiende a robustecer mucho el poder de concentración y a producir el regocijo de lo que uno es capaz de ejecutar.

Los puentecitos.—Déjese que los niños agujereen una tabla gruesa, de tamaño conveniente y la aserruchen en mitad de los agujeros. Los números se escribirán encima de los arcos como en el diagrama se indica. El juego consiste en rodar bolitas a



través de los arcos desde cierta distancia; cada vez que pase una bolita, el jugador anotará el número correspondiente.

G. E. Johnson

(Education by plays and games).